

LA CIUDAD ES CULTURA – LA CULTURA ES CAPITAL

Mariano Arana

En días recientes, algunos destacados jefes de la nueva administración se refirieron a dos emblemáticos proyectos: el del Complejo “ANTEL ARENA”, planteando la eventualidad de reestudiar, diferir o inclusive descartar su concreción.

En tanto ciudadano, en tanto arquitecto y en tanto militante de izquierda comprometido desde siempre con los lineamientos políticos y socioculturales del Frente Amplio, tales manifestaciones me inducen a compartir algunas reflexiones, procurando ser consecuente con una ya prolongada trayectoria cívica, profesional y académica.

ANTEL Arena

Se trata en este caso de una audaz iniciativa que permitirá a la ciudad de Montevideo contar con una innovadora instalación, una auténtica “plataforma tecnológica multipropósito”, constituyéndose en un polo de desarrollo enmarcado en una “nueva centralidad” emergente, que ya ha despertado mejoras en un enclave hasta hoy postergado de nuestra ciudad.

Vale la pena recordar que esta audaz iniciativa fue producto de un convenio establecido entre la empresa pública y el gobierno departamental de la capital, por lo que su significación alcanza una potencial irradiación a nivel nacional; y muy probablemente también, a escala regional y global.

Por cierto que la propuesta trasciende el carácter de complejo polideportivo del viejo Cilindro Municipal, para constituirse en un auditorio capaz de albergar diversidad de espectáculos culturales, y en un Centro de Convenciones con capacidad para 10.000 personas, asegurando el equipamiento técnico más avanzado, capaz de alcanzar los niveles de excelencia exigidos actualmente para los eventos deportivos, culturales, científicos, académicos y empresariales.

El proyecto arquitectónico, surgido de la convocatoria efectuada en el año 2013 a un concurso internacional a dos grados, procura generar una fuerte resonancia urbana.

Por otra parte, es de tener en cuenta que la obra ya fue licitada y adjudicada.

Consideraciones generales

No puede desconocerse la prudencia y responsabilidad con que debe ser manejada toda inversión pública para cumplir, con razonable solvencia, las prioridades fijadas

tanto por el gobierno nacional como por los gobiernos departamentales, en un contexto general de la economía que se perfila como menos dinámico que en los años previos. Prudencia y responsabilidad que son atributo de una gestión fiscal austera y atenta a las disponibilidades y proyecciones de la evolución de la hacienda pública.

En modo alguno considero que prudencia, pragmatismo y audacia sean inexorablemente excluyentes. Nuestra propia historia así lo atestigua.

Pienso en un Uruguay que en la segunda década del pasado siglo era capaz de edificar simultáneamente las facultades de Veterinaria, Agronomía y Derecho, y al Instituto Vázquez Acevedo, por mencionar tan solo algunos centros de enseñanza de particular relieve.

Pienso también en el alarde que significó culminar, pocos años más tarde, el Palacio Legislativo, construir el Estadio Centenario y comenzar a viabilizar la formidable Rambla Sur. Obras, todas ellas, que nos colman de asombro y admiración, viabilizadas sin embargo en coyunturas económicas que distaban de ser expansivas.

Y acaso ¿no resultó factible enfrentar exitosamente la transformación integral del teatro Solís en plena crisis económica y en momentos en que el gobierno Departamental de Montevideo fue sometido a una tajante discriminación?

Soy de la opinión de que no debemos caer en falsas antinomias, aun cuando estén inspiradas en atendibles preocupaciones.

Es posible afirmar que las inversiones públicas en desarrollo urbano pueden generar importantes retornos y despertar procesos virtuosos de valorización del suelo, de estímulo a la inversión privada, de generación de circuitos económicos locales y de empleos directos e indirectos.

Importa recordar al respecto al Dr. Gonzalo Carámbula, quien promovió la Asamblea General de la Cultura de donde surgieron, impulsados por él, los trabajos de indagación económica realizados entre 1995 y 2001, y que pusieron en evidencia la trascendencia de la actividad cultural en el crecimiento y desarrollo productivo del país.

Se materializaron así dos importantes volúmenes, producto de las investigaciones de un equipo de universitarios encabezados por el Prof. Luis Stolovich.

Los títulos mismos de ambas publicaciones resultan, sin lugar a dudas, elocuentes: “La Cultura da Trabajo” y “La Cultura es Capital”.

Finalmente, no me resisto a evocar a la entrañable figura de Nelly Goitiño, quien con tanta convicción promovía la transformación social a “Pan y Canto”.